



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 43 Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Noviembre 1876 | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVI.

SUMARIO.—Revista de Modas, por Joaquina Balmaseda.—Traje elegante para sociedad.—Traje nupcial.—Vestido para niño de 2 á 4 años.—Vestido de baile para niña.—Vestido princesa para niña de 8 á 10 años.—Traje para niño.—Vestido de sociedad para niña.—Vestido con paletot para niña de 8 á 12 años.—Vestido para niño de 3 años.—Vestido de baile para jovencita.—Vestido de sociedad para jovencita.—Vestido abrochado por atrás para niña.—Vestido de sociedad para niña de 6 á 14 años.—Vestido con paletot para niña de 5 á 8 años.—Vestido para jovencito.—Vestido para niño de 8 á 12 años.—Traje con fichú para señora.—Traje para señora de edad.—Vestido de terciopelo para señora joven.—Vestido con albornoz para se-

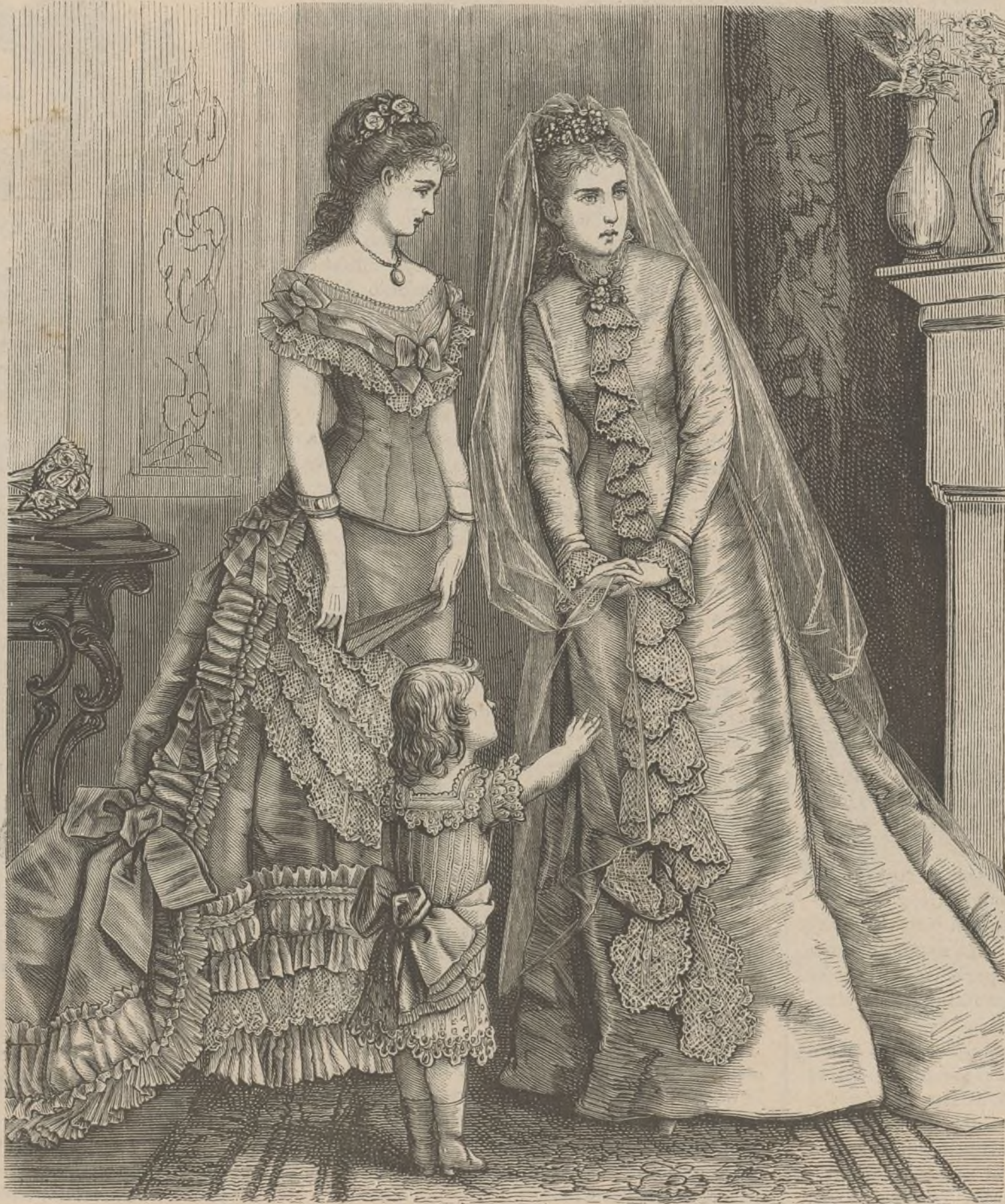
ñora.—Paletot de terciopelo.—Paletot de paño.—Liga para señora.—Cadena para el reloj.—Arandela para pie de lámpara.—Tapón de lámpara.—Rollo para limpiar los tubos de los quinqués.—Pantalla.—LITERATURA: La pobre ciega, poesía, por Ramon Campuzano y Gonzalez.—Enigma, poesía, por Concepcion de Estevarena.—A mi canario, poesía, por Gerónimo Couder.—Amor de madre, por Maria del Pilar Simoes.—Marina, por Angela Grassi.—Libros, teatros y salones por Victor Cuende.—Charadas.—Variedades.—Explicacion del figurin.

REVISTA DE MODAS.

Los trajes actuales de las señoras se dividen en tres clases: traje de casa, traje de calle y traje de sociedad, y estas tres clases en tres géneros á su vez: sencillo, elegante y suntuoso. En la clase primera comprendemos desde la salida de cama, hasta los trajes de recibir en el día señalado al efecto en la semana; en la segunda, los trajes para la Iglesia, compras, visitas de confianza y paseo, y finalmente para la tercera, los vestidos para salon, teatros, comidas oficiales y visitas de gran etiqueta. A las dos primeras clases, como las más útiles á todas las fortunas, consagraré hoy mi atencion, reservando para la próxima reseña los trajes suntuosos de salon que aún no reclaman una minuciosa reseña, porque no se anuncia todavía la apertura de los salones.

Para traje de casa sigue usándose el paletot de piqué, muleton ó de franela para *salida de cama*, con su falda correspondiente, cerrado uno y otro por delante en todo su largo por lazos ó por presillas de pasamanería: uno de estos trajes de cachemir ó franela azul claro con lazos de terciopelo negro ó pasamanería negra, será lo supremo de la elegancia, debiendo recogerse el pelo en una cofia de muselina, cuyos lazos correspondan á los de la *matinée*, y cuyas barbas ó caídas se anuden debajo de la barba ó por detrás, segun los grados de coquetería de la propietaria. Despues de éste, el traje de casa es la bata Princesa que cierra torcida á la izquierda con tres carreras de botones pequeños que ocupan todo su largo; cuello alto con pequeñas solapas de terciopelo, manga de campana con otras tres carreras de botones en cartera, y limosnera plegada con lazos, completan este elegante traje para casa, que puede hacerse en cachemir marron claro, gris, ó verde oscuro. Las personas de mediana clase, aunque bien acomodadas, pueden recibir con esta bata, y sólo las de muy elevada posicion se visten más el día que se quedan en casa; entónces su traje no exige indicacion alguna, porque utilizan cualquiera de los de calle y visitas, en faya, cachemir y terciopelo, mejor los que tienen cola que los que se hacen redondos exclusivamente para calle.

Para trajes de calle, las belgas, vigoñas, tricots y toda clase de tejidos fantasía, se llevan sobre faldas de terciopelo ó faya, cuya parte inferior se cubre de volantes ó plegados: las lanas rayadas dan para este objeto exce-



1 y 22. Traje para sociedad.

1 Á 3 Y 22. TRAJES DE SEÑORA Y NIÑO.

3. Vestido para niño.

2. Traje nupcial.

lente resultado, porque como los galones bordados con que se adornan las telas pesadas son de gran precio, las señoras económicas cortan rayas de la tela sobrante de la túnica para adornar los volantes ó bieses de la falda. Hay rayas brochadas que se prestan muy bien á esta combinacion, pareciendo un galon bordado. Con este género de galones se prefiere á todas la hechura *bretona*, que con el estilo de la edad media, ó sea túnica Princesa, se disputan el honor de ataviar á las señoras de estos tiempos: en este gusto de traje breton, me hablan de uno de

terciopelo inglés negro, de falda redonda, única admisible para trajes de calle en París, y encima sobrefalda de cachemir gris claro ó azul marino, adornada de uno ó tres galones bordados en dos tonos de sumismo color, con coraza sin mangas, escotada en cuadro por delante y por detrás sobre el cuerpo de terciopelo negro, y abrochada por delante con trencilla del color del galon; las mangas de terciopelo no llevan ningun adorno, y la falda de cachemir va recogida de atrás con otro galon bordado. El traje de sarga de lana oscuro con túnica igual ó brochada en sus mismos colores, es muy estimado, y como adorno, los botones, los galones y los flecos; éstos á picos ó borlas, con gran enrejado, son de los adornos más ricos que pueden ponerse en telas pesadas.

Tambien como traje de calle figura siempre la combinacion de cachemir con seda ó con terciopelo inglés, todo negro. La señora elegante asiste á la iglesia, á las salidas de mañana y á las visitas de confianza de negro, dejando las telas de colores para la tarde, las tiendas y el paseo. Con estos trajes y aún con los de color, me apresuro á recomendar el paletot coraza, prenda que completará este año los trajes de calle, haciéndose entallado, pero ancho, y en paño, cachemir ó terciopelo guarnecido de piel: tambien se llevarán para los grandes frios las largas polonesas con piel, cerradas en diagonal ó al lado, y hechas en paño, tricot ó terciopelo. A juzgar por los modelos que recibo y el surtido de pieles que se admira en las mangutierías, podremos arrostrar sin temor los frios de la Siberia, porque las pieles como adorno y como forro de abrigos van á tener importancia suma: pieles de todas clases, precios y colores figuran en tiras, forros, manguitos, guarnicion para sombreros forma *Toque*, cuellos y boas, pero la mangutiería del *Oso blanco*, que siempre está en primera linea por sus artículos de novedad, ha recibido el *Petit-gris*, el *Renard*, el *lince* y la

nutria con gran profusion. El *skoring* y la *marta* serán sin embargo las más preferidas y las más caras.

Sin espacio ya para hablar de sombreros, recomendaré de paso los de castor y el sombrero *Toque*, interin pueda en el número próximo hablar con la extension que merecen de los sombreros de invierno. El de castor negro para calle y visitas, y el de castor blanco para paseos y teatros, se reparten por igual los favores de la moda.

Como pequeñas novedades, ó sean accesorios muy importantes para la señora de buen gusto, diré que los la-

zos de pecho y cabeza son verdaderas obras de arte, muchos de dos colores combinados y reemplazando el fleco de oro y plata á los encajes en las puntas.

Los fichús de encaje blanco ó negro se admiran en los teatros sobre los vestidos altos, de tan variadas formas que: penas se pueden citar dos iguales: algunos van enriquecidos con lazos.

En bisutería, el brazalete *semana* sigue triunfando del *porta-dicha*, y en él siete anillos ó aros representan los siete días de la semana sujetos por un broche egipcio ó una medalla.

También son dignos de recomendarse entre los caprichos de novedad los medallones en cinta de terciopelo tachonada de botones ó medallas correspondientes al medallón.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Á 3. TRAJES DE SEÑORA Y NIÑA.

1 y 22. *Traje para sociedad*.—(Patron del cuerpo en el pliego de patrones por el revés, núm. II, figs. 8 á 13.)

Dos plegados separados por un encaje, adornan el delantero de la falda, en la cual cuatro órdenes del mismo encaje redondeadas figuran delantal; la cola, sujeta á un lado por un lazo, forma gran pouf bullonado, bajo el cual se sujetan los paños que forman la cola. Nuestro modelo es de faya azul claro, con plegados de tono más oscuro y encajes blancos. El cuerpo le presenta por la espalda el núm. 22, prolongándose las espaldas en patas anudadas y cerrando con trencilla; la berta que acaba en punta por delante y por detrás, es de tul Malines en cuatro dobleces, terminada por bieses y lazos de ambos tonos azules y encaje al borde. La manga es un encaje fruncido, descansando sobre un plegado de tul Malines.

2. *Traje nupcial*.—Vestido forma princesa, de faya blanca, con gran cola abierta en abanico, adornándole por delante en todo su largo un zis-zas ondulado hecho con dos encajes blancos: manga estrecha y larga con bieses y encaje á la bocamanga, y otro biés con encaje cierra el escote, con broche de flores de azahar: guirnalda azahar y velo blanco tan largo como el vestido, sin doblez alrededor.

3. *Vestido para niña*.—Blusa de cachemir azul con bordados á la inglesa y echarpe de seda blanca con fleco deshilado.

4 Á 21. TRAJES PARA SEÑORA Y NIÑOS.

4 y 5. *Vestido de baile para niña*.—Es de forma princesa escotado, abotonado por detrás hasta mitad de la falda, y adornado el escote y manga corta, de guarniciones y entredoses bordados: dos plegados terminan la falda y un echarpe con faya ó muselina, como el vestido sea, de 35 á 40 cents. de ancho, rodea la falda fija con algunas puntadas sobre el adorno, y se anuda por detrás. Medias caladas y zapatos con lazos. El núm. 5 muestra el vestido por delante, de linon rosa con plegados de muselina blanca y encajes á los lados del plastron ó peto.

6 y 16. *Vestido para niña de 10 años*.—Es también de forma princesa, pero alto, y los botones que le cierran por delante en todo su largo, constituyen su principal adorno, pudiendo lo mismo cerrar por detrás, como indica el núm. 16. El traje va adornado de bieses ó plegados de seda del color de la tela.

7 y 21. *Traje para niño*.—Blusa y calzon corto, presentado en el primer modelo de paño gris, y en el segundo de terciopelo negro adornado con bieses de faya, lo mismo que la faja: en el traje de paño se pone de tono más claro el cuello, que se continúa por delante en forma de chaleco, y la tira que adorna el pantalón. Botas altas y sombrero de fieltro negro.

8. *Vestido con túnica escotada para niña*.—Esta túnica escotada para traje de baile, va recogida por detrás por lazos, y adornada de volante de batista, bordada y un plegado de 4 cents. de la misma tela de la túnica, que cierra torcida por delante, continuándose el mismo adorno hasta cerrar con lazo en el escote, y gradualmente estrechando á medida que sube. Zapatos de cabritilla blanca con lazos de color.

9. *Traje para señora*.—Falda de faya lila, adornada de un plegado de 6 cents., con otro plegado y volante con cabeza bullonada en toda la parte de adelante. La túnica igual, recogida con pliegues oblicuos al lado izquierdo, lleva ancho fleco de malla, y nuestro modelo indica que la túnica oculta el borde de la coraza: manga con bieses y plegados. Fichú de crespon de China con fleco de malla y flores en el peinado.

10. *Vestido con paletot para niña*. (Patron en el pliego del mes anterior.)

Cuerpo y falda de seda, lana ó terciopelo, adornada la segunda con dos volantitos plegados: paletot sin mangas, de tela brochada, con cuello marinero, sujeto por un echarpe de 145 centímetros de largo por 16 de ancho, oculto por delante, bajo el abrigo, y saliendo por las costuras para anudarse por detrás: su adorno son guarniciones bordadas en cachemir.

11. *Vestido para niño de 3 años*. (Patron en el pliego del mes de Julio.)

Blusa de forma Princesa por delante y falda plegada por detrás, de cachemir azul marino con bieses orillados de color crema cardenal: echarpe del color de los vivos, mangas cortas y bolsillos que repiten el mismo adorno.

12. *Vestido para señora de edad*. Vestido de faya negro, de falda lisa y paletot largo de lana, con bieses y lazos de seda: éstos, graduados de tamaño, adornan toda la parte de atrás.

13. *Vestido de baile para jovencita*. Es de muselina blanca adornado de tiras bordadas de tul ó entredoses de encaje (de los primeros hallarán nuestras lectoras infinitos modelos en el mismo Correo). Puede pasarse una cinta de color debajo de los entredoses, y el cuerpo-coraza, de escote cuadrado, cierra por detrás con botones pequeños. Redecilla con lazo de color en el peinado.

14. *Vestido escotado para joven*. (Patron del cuerpo-blusa en el pliego por el revés, núm. V, figuras 19 á 22.)

Puede hacerse de lana fina ó sedalina la falda, y de granadina rayada ó cachemir fino la túnica, que se recoge de un modo original con un lazo de 16 centímetros de ancho, y se adorna de bieses y flecos: el cuerpo-blusa se corta por el patron, dejándole tela suficiente para fruncir. La manga bullonada y el escote se adornan con plegados de tul.

15. *Vestido para señora*.—Falda de terciopelo lisa y túnica igual adornada de flecos y pasamanería, haciendo una combinacion rica y distinguida: las vueltas de mangas, bolsillos y echarpes, son de faya negra y la túnica puede cortarse por cualquiera otra de forma Princesa. Sombrero de castor negro con pluma y cintas rosa bajo.

17. *Vestido para niña*.—El adorno de la falda de Thibet azul claro, es un volante fruncido con cabeza y biés de raso del mismo color: la túnica, de forma Princesa abotonada por detrás, está adornada por un bordado de seda azul y un biés con doble cabeza cubriendo el cosido: esta túnica se recoge ligeramente formando dos puntas por detrás: otro biés con doble cabeza adorna el hombro, y baja en tirantes y por el lado izquierdo á unirse á la limosneta.

18. *Vestido con paletot para niña*.—Vestido de lana azul marino, con falda y cuerpo lisos y echarpe color caroubier; paletot de la misma tela, con aldeta abierta por detrás y guarnecido de bieses azules con vivos caroubier. Sombrero de castor gris con cintas caroubier.

19. *Vestido con túnica alborno*.—Esta forma de túnica la tienen ya recibida con su patron nuestras lectoras, y ahora la presentamos en vestido de faya negro ó de cachemir con bieses de faya: la túnica, recogida en alborno, forma por detrás dos puntas con borlas, y por delante cierra oblicua con tres órdenes de botones, dejando libre la parte izquierda de la falda que se adorna con bieses y lazos. La manga, cerrada con trencilla, la adorna un lazo, y completa el traje fichú de malla negra.

20. *Vestido para niño de 10 años*.—Chaqueta, chaleco y pantalón de paño fantasía, adornado de despunte alrededor y cerrada la chaqueta por un solo botón. Cuello vuelto de camisa, corbata larga y sombrero de castor.

23. ARANDELA PARA PIÉ DE LÁMPARA.

Este objeto de pintura sobre madera, llevará dibujo y explicacion en el número siguiente: el pliego de patrones por el revés presenta tambien algo de esta labor.

24. TAPON DE LÁMPARA, DE CROCHET.

Es una rosa de punto doble, empezada por el centro y creciendo siempre un punto en la mitad de cada pétalo, lo que le hace adquirir esa forma ondulada; y cuando tiene la extension necesaria se mengua por el mismo orden, concluyendo con unas vueltas más estrechas sin crecer ni menguar que entran en el tubo. Unas puntadas de seda argelina le enriquecen.

25 Y 26. ROLLO PARA LIMPIAR LOS TUBOS.

El punto de crochet que le constituye, le ofrece con entera claridad el núm. 26, y esta tira de crochet, muy hueca, se arma en un palito ó junco.

27. LIGA TRENZADA.

Un trenzado ancho de trencillas, tejidas como la palma ó la trenza, forman esta liga de dos colores, para lo cual comienza poniendo tres ramales de color en cada extre-

mo al empezar, y 12 en el centro para fondo. Por un extremo se termina con trenzas de tres ramales, y por el otro una sortija donde entra la liga.

28. CADENA DE RELOJ.

Un cordón de torzal de crochet ó de trenzado forman este adorno, que sujeta por un lado el gancho de metal, y por el otro la sortija para el reloj: tiene 29 cents. de largo y se ejecuta á punto tunecino al biés, para lo cual se mengua siempre en una orilla y se crece en la otra: puede muy bien utilizarse para cadenas de luto.

29. PANTALLA. (Pintura silueta.)

Conocidos son de nuestras lectoras los detalles de esta labor, que necesita el dibujo recortado en papel y pintados los perfiles despues de cubierto el fondo de jaspeado, hecho con cepillo y brocha ántes de levantar el dibujo.

30 Y 31. PALETOT.

(Patron en el pliego por el revés, núm. I, figs. 1 á 7.)

Estos números presentan un paletot mismo con distintos adornos, y como muestra el núm. 31, el costadillo forma pliegue en el talle al unirse á la espalda. Este paletot puede completarle un cuello chal como le muestra el núm. 30, ó cuello cerrado como el núm. 31, presentándole el primer grabado en terciopelo con biés de faya y fleco al borde, y el segundo de paño con trenzados ó galones. Sombrero de fieltro como el núm. 30, ó de castor como el 31, con gasas cruzadas.

JOAQUINA BALMASEDA.



LA POBRE CIEGA (1).

¡Por Dios os lo pido!

Dejadme pasar:

¡Qué triste es ser ciega!

No hay desdicha igual.

La voz de mi amado

Escuché al cruzar.

¿Dónde está?... dejadme,

Que se va á alejar.

¿Le visteis alguno?

¡Qué hermoso será!

¿Por qué no poderle

Tambien yo mirar?

Y, pasé á mi lado...

¡Ingrato!... ¡quizá!...

No turbes mi sueño

Recuerdo fatal.

¡Por Dios os lo pido!

Dejadme pasar.

¡Qué triste es ser ciega!

No hay desdicha igual.

RAMON CAMPUZANO Y GONZALEZ.

ENIGMA.

Con todos los rumores que mezclados
Suben á lo infinito,
Ha querido formar el hombre, ansioso,
De libertad el sacrosanto himno.

Notas, murmullos, huracanes, risas,
Palabras y suspiros,
Nada es bastante, el himno deseado
Siempre incompleto resonó en mi oído.

Mientras me lleve por el mar del mundo
La nave del martirio
No espero ya escucharlo, falta un eco
Universal, espléndido y divino.

Tal vez la eternidad es solamente
Quien guarda ese sonido,
Y el velo de la muerte cubra el arpa
Donde resuena el suspirado himno.

CONCEPCION DE ESTEVARENA.

Sevilla, 1874.

(1) Esta poesia ha sido puesta en música por el compositor J. Blasco.



Pl. 298.

1242

EL CORREO DE LA MODA.
Periódico ilustrado para las Señoras.

Plaza de Isabel II^a, 2, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

A MI CANARIO.

ANACREONTICA.

¡Ay, avecilla mia!
Deja tus dulces trinos,
Que sólo me recuerdan
Mi amado bien perdido!
Si me anunciaste un día
Con tu cantar divino
Que fuese presuroso
A ver al dueño mio,
Me estás diciendo ahora
Que de él ausente vivo
Y que también padece
Su pecho amante y fino.
Trocáronse los días
Alegres y festivos,
En triste desconsuelo,
En penas y martirios.
De mi Raquel preciosa,
De mi adorado hechizo,
Ni admiro el bello rostro
Ni oigo su suspiro,
Ni sus divinos ojos
Me miran ni los miro,
Ni su amoroso acento
Regala mis oídos.
Por eso, mi avecilla,
Tu canto peregrino
Suspende, que se ahoga
El triste pecho mio;
Mas si te compadece
El fiero mal que abrigo,
Convierte tus gorgeos
En quejumbrosos píos,
Y así podré un instante
Hallar pequeño alivio
En mi dolor intenso
Y en mi penar continuo.

GERÓNIMO COUDER.

Madrid 28 de Agosto de 1876.

AMOR DE MADRE.

NARRACION ESCRITA
POR MARIA DEL PILAR SINUES.

VI.

Cuando la señorita Arabela entró en el aposento de María, las mejillas de ésta se hallaban inundadas de lágrimas; pero la vista de la camarera que la seguía, hizo que Carmen las enjugase con su propio pañuelo.

Así que la doncella hubo salido, miss Arabela levantó la tapa de la caja y sacó con todo el cuidado posible un lindo traje de baile que suspendió de su mano izquierda para mostrarlo a la joven.

Luégo, y con semblante cándidamente satisfecho, se fué acercando a la cama y puso el vestido muy cerca de los ojos de María.

—¡Qué precioso es! ¡verdad, querida mia! dijo, viendo que ninguna de las dos rompía el silencio: es un magnífico regalo que te hace tu padre y con el cual causarás muchas envidias.

María se echó hacia atrás con una expresión de verdadero terror.

El vestido no podía ser en efecto más bonito; el transparente era de tafetan blanco, y lo de encima de gasa de Italia blanca también, bordado de pequeñas espigas de plata.

Para recoger el cabello, había otras dos espigas grandes de plata.

—¿Para quién es ese vestido? preguntó Carmen a miss Arabela.

—¿Para quién ha de ser? ¡para la niña! respondió Arabela: su padre ha mandado a una de las mejores modistas de Madrid que le enviase un traje elegante, y ya ves que la elección no ha podido ser mejor: dará golpe sin duda en el salón de baile.

—¿Qué baile?

—Pues qué, ¿habeis olvidado ya el baile de esta noche?

—¿De esta noche?

—Sin duda.

—Pero ¿dónde hay baile?

—En la embajada de Francia.

—¡Ah, es verdad! exclamó Carmen, como quien recuerda una cosa olvidada desde largo tiempo atrás.

—Por tanto, ya puede levantarse María: ahí fuera está esperando el peluquero.

—María no puede ir al baile hoy.

—¿No puede?

—No por cierto, está enferma.

—Sin embargo, hermana mia, no debes pasar pena por eso. Osvaldo dice que eso no vale nada.

—¡Ah! ¿lo dice Osvaldo?

—Sí, ya sabes que él entiende algo de medicina; además, tu marido acaba de encargarme que viniese a activar el tocador de María, porque, como dice muy bien, el primer tocado de baile de una joven es siempre muy largo.

—Tía mia, dijo entonces María que hasta aquel momento había sido mudo testigo de la conversacion, haz presente a mi padre que estoy enferma, y que no puedo levantarme.

—Se lo he dicho ya, hija mia.

—¿E insiste en que me levante?

—Sin duda.

—¡Oh, Dios mio! exclamó la joven cubriéndose el semblante con las manos.

—Vamos, vamos, prosiguió la señorita Arabela que en su inocente afán de conciliar no advertía que cada vez iba empeorando las cuestiones: vamos, ya sabes que tu padre te quiere y que no puede equivocarse en lo que toca a tu bien; vamos, levántate, y al tocador; la distraccion te pondrá buena.

Hablando así la señorita Arabela, sacó de la cómoda y desdobló con todo cuidado un par de medias de seda blanca y unos zapatitos de raso tan pequeños que parecían hechos para los pies de la Cenicienta.

María interrogó a su madre con una triste mirada, y ésta la hizo una señal expresiva de conformidad y resignacion.

Ni una sola palabra habló la pobre y sumisa niña; al oír aquella respuesta, muda y triste salió del lecho y empezó a vestirse una bata blanca de muselina.

Cuando ya estuvo con el peinador puesto, entró el peluquero que desprendió sus magníficos cabellos rubios y empezó a formar con ellos elásticos bucles que recogió por detrás con largas agujas de plata.

Era ya el anochecer cuando aquella peregrina cabeza quedó arreglada, según las últimas prescripciones de la moda; al instante, y advertidas sin duda las camareras de lo que debían hacer, se iluminó el cuarto de María con algunas bujías, y su tía, ayudada de una doncella, se puso a vestirla en tanto que su madre se retiraba para ocuparse también de los cuidados del tocador.

Ya terminaba el de María cuando entró su hermano en su cuarto; parecía ansioso de ver cómo le sentaba el traje a su hermana, y cuando la vió hizo un extraño movimiento de contento y de sorpresa.

En efecto, aunque María era hermosa hasta halagar las más locas esperanzas de su ambicion, jamás se la había figurado tanto como lo estaba en aquel momento.

El largo traje blanco la hacía parecer más alta: su tallo esbelto y flexible como un junco, tenía una gracia exquisita; sus ojos azules brillaban como dos záfiro en un globo de diamantes: estaba pálida, pero aquella palidez la daba cierta cosa de aérea y de celestial: parecía un ángel pronto a extender las alas para volver a su patria.

Cuando ya estuvo del todo vestida, cuando hubo dado la última mano a las blondas que adornaban sus brazos y su pecho como cascadas de seda, dijo a la camarera:

—Corte usted dos dalias blancas del balcón del salón y tráigamelas.

La doméstica obedeció, y en tanto que salía, Osvaldo echó a su hermana una mirada de admiracion y enojo.

—¿Qué capricho es ese? la preguntó; ¿por qué quieres ponerte flores con tan precioso traje?

—Hermano mio, respondió María, esas flores son para mí desde hoy lo más precioso que existe en el mundo, y lo que más amo en él; si quieres que sea ménos desgraciada en el baile, déjamelas poner.

Osvaldo no respondió nada y María las tomó de manos de su doncella que entraba en aquel momento.

A las diez de la noche se reunieron en el salón lady G..., su hija, su esposo y Osvaldo para asistir al baile de la embajada de Francia.

Carmen estaba encantadora; llevaba un traje de crespon pajizo recogido con ramilletes de perlas y un soberbio aderezo de perlas y diamantes.

Sus guantes blancos dejaban ver una parte de sus hermosos brazos que parecían hechos a torno, y sus cabellos negros, recogidos en trenzas adornadas con sartas de perlas, prestaban a su fisonomía un encanto indecible.

Madre é hija ocuparon uno de los carruajes que los esperaban, y Osvaldo y su padre subieron en el otro.

VII.

Cuando llegaron a la embajada, torrentes de luz y de armonía se escapaban por las rejas del piso bajo.

Era un baile de verano; toda la concurrencia iba agolpándose a los jardines esplendidamente iluminados a la veneciana.

Multitud de damas cruzaban los bosquecillos vistosamente engalanadas y dando vueltas apoyadas en el brazo de los caballeros: por todas partes había música, luces y ruido, por todas partes animacion y alegría.

La embajadora recibió a lady G... y a su hija con la más exquisita distincion, alabó la belleza verdaderamente angelical de María, y encomendó a Osvaldo que las enseñase lo que a él le pareciese más agradable del jardín, en tanto que lord G... hablaba con su esposo de los acontecimientos más interesantes en la política del día, y en tanto también que ella iba a recibir a otras señoras que iban llegando.

Osvaldo se disponía a acompañarlas para cumplir con los deseos de la embajadora; pero al mismo tiempo miraba en derredor suyo como si esperase alguna cosa.

Carmen no advirtió su irresolucion; había concurrido a muy pocas fiestas de aquella clase en su vida, porque su esposo era aficionado al retiro más bien que a los espectáculos, y si entonces asistía a aquél, era sólo por amor a su hija y movida por las instancias de Osvaldo que era la mano oculta que movía todos los intereses de aquella familia.

Por lo mismo, Carmen, a pesar de la tristeza que le causaban los dolores de su hija, se hallaba allí complacida y embargada por un asombro muy natural.

Aquel jardín, aquellos perfumes, aquellas flores le recordaban su país natal, su querida Andalucía; parecía que se hallaba de nuevo en su patria, y embargada por tan agradables recuerdos no pensaba en notar la agitacion creciente de Osvaldo.

Por su parte María, miraba maquinalmente pasar las parejas por su lado con una especie de soñolencia confusa y triste.

Pensaba en Benedicto, en Benedicto cuyo recuerdo tenía fijo en el corazón hacía quince años, es decir, desde que sus ojos se abrieron a la luz.

Cada joven que veía vestido de negro le parecía ser el hijo del doctor James, porque ella no creía que se hubiera marchado de veras, que se hubiera alejado voluntariamente de los sitios en que ella habitaba.

Los ojos verdes de Osvaldo se animaron por fin con un rayo de alegría, y se fijaron con afán en una grotesca figura que venía avanzando por una calle de árboles.

Era un anciano de exigua talla y en extremo jorobado; sus dos hombros anchos y cuadrados subían casi hasta la altura de sus orejas: sus piernas, muy cortas y en extremo delgadas, formaban arco: tenía un vientre enorme, el pecho hundido y las manos largas y en extremo flacas, lo mismo que sus pies que ostentaban una longitud desmesurada.

Por lo demás, parecía querer ocultar los achaques de su edad y todas las imperfecciones de su figura con el cuidado extraordinario y minucioso de su tocador: estaba teñido, atusado, atildado; sus cejas eran postizas; sus cabellos, que debían ser blancos, ostentaban el más hermoso y abrigado negro, lo mismo que su pequeño bigote ridículamente retorcido a la borgoñona.

Llevaba los pies y las manos tan apretados dentro de sus botas y de sus guantes, que apenas podía moverlos, y se conocía que veía las estrellas al andar.

Su rica camisa de batista estaba guarnecida de encaje y cerrada con botones de diamantes; una cadena llena de sellos y dijes de oro y pedrería sostenía su reloj; su frac estaba cortado con arreglo a la más rigurosa moda, y toda su personilla, lista, viva y magra, exhalaba un fuerte perfume.

Acercóse dando saltitos a Osvaldo y le alargó la mano con una mezcla muy rara de cordialidad y de proteccion.

—Querido duque, le dijo éste, aprovecho esta ocasion para presentar a usted a milady, esposa segunda de mi padre, y a su hija y mi hermana María.

Luégo añadió presentando el jorobado a Carmen y a María: el señor duque Eponino Z..., grande de España, senador del reino y gentil-hombre de S. M.

Carmen y su hija saludaron inclinando levemente la cabeza.

—¡Oh, oh! dijo el señor duque con una vocecita muy atiplada y muy chillona; yo conocía ya a estas señoras.

—Yo no tenía el gusto de conocer a usted, respondió Carmen con frialdad.

—Pues yo, señora, he visto a usted varias veces en la Fuente Castellana con esta señorita; yo iba a caballo con mi sobrina Cornelia, una encantadora niña de quien soy tutor, ¿es verdad, querido Osvaldo?

—¡Oh, sí! y muy encantadora! afirmó Osvaldo con un calor que no pasó desapercibido a la penetracion de Carmen.

—Pues, ¿y la otra? ¿y mi sobrinita Enriqueta? figúrese usted, señorita, que sólo cuenta diez años y monta a caballo y tira al sable como una amazona.

María permaneció callada é impasible, preguntándose



4 y 5. Vestido de baile para niña.

6. Vestido Princesa para niña.
(Véase el núm. 16.)7. Traje para niño. (Véase
el núm. 21.)8. Vestido escotado
para niña.

9. Traje para señora.

10. Vestido con paletot para niña.

11. Vestido para niño de 3 años.

12. Vestido para señora de edad.

13. Vestido de baile
para jovencita.

14. Vestido escotado para joven.

15. Vestido para señora.

16. Espalda del núm. 6.

17. Vestido para niña.

18. Vestido con paletot
para niña.

19. Vestido con túnica-albornoz.

20. Vestido para niño.
(Véase el núm. 7.)

Ayuntamiento de Madrid

qué podrían importarle á ella las habilidades y las proezas de las sobrinas del duque; éste prosiguió:

—Mis sobrinas quedaron huérfanas desde muy chiquitas, y encomendadas á mi cuidado, pues era el hermano único de su madre, y también su único pariente; yo, la verdad, no lo sentí, pues como nunca he querido casarme, consideré que las niñas me servirían de distracción, y así ha sido; determiné educarlas á mi modo: nada de bordar, ni de música, ni de esas tonterías; las niñas deben desarrollarse; las acostumbé ante todo á cazar, á jugar al volante y á montar á caballo; así es que Cornelia, que tiene diez y ocho años, es más alta que Osvaldo, y además muy gruesa; en cuanto á Enriqueta, promete ya una buena estatura; si yo hubiera tenido quien me diese esta educación no me hubiera quedado así; ¡pero nada! la buena de mi madre era una de esas mujeres que sólo valen para rezar y que crían á sus hijos como damiselas; á ella tengo que agradecerle mi interesante figura.

El señor duque dijo todo esto de un tiron y sin descansar. Carmen le escuchaba inmóvil y asombrada; le parecía imposible lo mismo que estaba oyendo; es decir, que hubiera un hombre que hablase con tan poco respeto de su madre muerta, y que se burlase de sí mismo, con tan poco pudor y tan ridículo desahogo.

Hay en las desgracias corporales y en las deformidades humanas algo que las hace interesantes, y que hasta las ennoblece, y es el pudor del individuo; si él es el primero que se rie de su deformidad, los demás se rien también.

Muchas personas maltratadas por la naturaleza, dicen:

—Para que los demás no crean ofenderme ó mortificarme burlándose de mí, voy á burlarme yo el primero.

¡Oh, qué lamentable error es éste y cuántos disgustos trae al que le abriga!

Lo que se podría evitar con un poco de pudor y dignidad, se fomenta y aún se provoca con el alarde de la desvergüenza y de la despreocupación.

De estos era el duque: su espíritu de mordacidad necesitaba trabajar incesantemente, y para que los demás no le diesen una lección severa, empezaba burlándose de sí mismo.

Los necios decían:

—¿Para qué nos hemos de burlar del duque si él es el primero que se burla de sí propio? ¡buen caso hará de nuestros sarcasmos!

Pero las personas dignas y sensatas exclamaban al verle:

—¿Qué hombre tan despreciable!

Esto mismo era justamente lo que estaba pensando Carmen en tanto que él hablaba; el jorobado, picado del poco efecto que producía, se acercó á Osvaldo y le dijo:

—Me parecen un poco negadas ¿eh? me parece que lo que es la niña no siente la hierba nacer; ¿no es así?

—Es una inocente, dijo Osvaldo que estaba también muy poco satisfecho del comportamiento de Carmen y de su hija.

—No dejaré yo por eso de casarme con ella, querido, repuso el duque; la mujer propia cuanto más inocente mejor; pero vamos, ¿no va usted á ver á Cornelia? ¡estará hecha una furia con usted!

—Oigo preludiar un rigodon, dijo Osvaldo, voy al salón para ver si quiere bailar conmigo.

El joven desapareció por la gran calle del jardín á cuyo principio se hallaban y que estaba toda iluminada con vasos de colores, y el jorobado se volvió á María.

—¿Señorita, le dijo con la mayor naturalidad; van á tocar un rigodon; me hará usted el honor de aceptar mi mano?

María, inmóvil de sorpresa, no respondió, contentándose con mirar de la cabeza á los pies al estrambótico personaje que le hacía aquella petición. Carmen respondió por ella.

—Caballero, mi hija no baila.

—¿No sabe acaso?

—No señor.

—Eso es lo de ménos, repuso el duque con una serenidad imperturbable: mi sobrina no sabe tampoco, y sin embargo baila: en la confusión del salón no se nota eso: hacer lo que hacen los demás y se acabó.

María miró á su madre con angustia: en aquella mirada le pedía que la librase de un ridículo cruel.

—Caballero, repuso lady G...; debo decir á usted que además de no saber, mi hija no gusta de bailar.

—¿Bah, ¿qué edad tiene?

—Quince años y medio.

—¿Y no gusta de bailar?

—Ya he tenido el honor de decir á V. que no.

—Vamos, señora, yo creo que es V. quien no se lo permite, repuso el duque con un poco de acritud: á los quince años no puede ménos de agradar el baile á una joven... así permítala V. venir conmigo.

—No, caballero, repuso gravemente María. No sé bailar, ni hoy quiero empezar á aprender: así, es inútil su porfía.

—Mas á lo ménos venga V. al salón y quizá viendo bailar á las demás, cambiará de parecer.

—Me hallo aquí bien, caballero.

—Pero si el salón está en el mismo jardín: mire V., pasando esta calle, allá abajo.

—Repito á V. que me hallo aquí perfectamente.

—¡Ah! ¡cáscaras! ¡es V. terca de veras! exclamó groseramente el duque; pero—añadió—aquí llega lord G... que me parece hará cambiar á V. de intención.

—Pues espera V. una cosa que no sucederá, dijo María con una firmeza que sorprendió á su misma madre.

Un instante después lord G..., que venía á buscarlas, llegó adonde se hallaban.

(Se continuará.)

MARINA

POR

ANGELA GRASSI.

(Continuación.)

—Pero yo nada soy, dijo, yo nada tengo. ¿Cómo podrá servir de apoyo á los infelices quien es más desdichado que ellos?

—Tienes la sangre real que corre por tus venas, tienes tu ilustre nombre; ¿te faltará el valor para sostener una espada?

—¡No, exclamó Dimitri con entusiasmo, no! ¡Ah, quién me diera poder verter hasta la última gota de mi sangre en los campos de batalla, en defensa de mi madre y de mi patria!

—Dimitri, exclamó Jorge con creciente ardor, has leído en los libros que nada se hace en el mundo sin interés; voy á revelarte el interés que me mueve á alentar tus bríos y á empeñarte en el combate, y sirva mi lealtad de paliativo á mi interés.

Hubo una ciudad que se arruinó por defender á mi padre. Nijni Novgorod está convertida en un montón de escombros, y yo quiero que como el fénix renazca de sus ruinas. ¡Prometes reedificarla si alcanzas el cetro soberano?

—Lo juro por la cabeza de mi madre; pero ¿en dónde están tus soldados? ¿con qué tesoros cuentas? ¿con qué auxilios?

—¡Conmigo! ¡tan solo conmigo!

Dimitri se sonrió de compasión al echar una mirada sobre el pobre mutilado.

—¡Conmigo! repitió Jorge con energía, solo conmigo, si me escuda tu poderoso nombre. Duerme en paz, príncipe, duerme en paz, mézete en sueños halagadores, que el hombre á quien desprecias sabrá prepararte la victoria. Alejo, repuso; ve á buscar cuanto pertenezca al príncipe, tapa ese boquete, y que nadie en el mundo llegue á penetrar este misterio.

Marina, harás tú misma al príncipe un traje polaco igual al mío, y dirás que es un hermano tuyo que acaba de llegar de tu país. Vos, príncipe, quered tan sólo; quered con todas las fuerzas de vuestra alma ser el ilustre salvador de vuestra patria.

Ahora idos todos á descansar, dejadme solo, necesito estar solo para coordinar las ideas que hierven en mi mente.

Dimitri no insistió: aquella esperanza que brillaba por primera vez á sus ojos, aniquilaba sus débiles fuerzas y sentía una imperiosa necesidad de reposo.

Dejóse conducir por Marina á otro aposento y se rindió bien pronto al sueño. En cuanto á Alejo, se puso á ejecutar silenciosamente las órdenes de su amigo, y Jorge se entregó con febril ardor á sus misteriosos planes.

—¡Sí, decía en voz baja, sí, aún puede ser útil mi existencia! ¡aún puedo embellecerme á los ojos de Marina! ¡Reedificar mi ciudad natal, poner la corona de Rusia en la sien de su legítimo dueño! ¡Oh, cuán noble, cuán digna es esta empresa, cuán dulce el galardón, cuando ella oiga decir á todo el pueblo dichoso y libre: ¡paso, paso al mutilado Jorge, al que ha sabido quebrantar nuestras cadenas!

El joven se volvió precipitadamente al pronunciar estas palabras. Había sentido el dulce contacto de una mano apoyarse blandamente en su espalda.

Era Marina.

—¡Loco! exclamó ésta en voz baja, ¡loco! estás llamando sobre tu cabeza la desgracia, y luego acusarás á la Providencia si oyes cerca de tí el aleteo de sus negras alas! ¡Ay, cuán diferente es el alma de la mujer de la vuestra, insensatos hombres!

Mi felicidad está circunscrita á estas paredes; para mí el universo es tu mirada: tú necesitas luchas, emociones,

gloria: sea en buen hora, no quiero condenar la más grande obra del Señor, pues que ha salido así de sus manos; pero si eres susceptible de hacer un sacrificio, hazlo por Marina, y pasará bendiciéndote su vida. Renuncia á esas vanas ideas de estéril gloria: la gloria es el amor; la felicidad estriba sólo en la íntima unión de dos amantes corazones. ¡Ves cuán apacible y dulce transcurre así nuestra existencia! Si paseamos en nuestra enguinaldada barquilla por el seguro puerto, ¿por qué hemos de lanzarnos al revuelto golfo, en donde cada ola es un escollo, cada ola una horrible sepultura? Deja que atraviesen los procélosos mares otras naves mayores que nuestra frágil barquilla: déjalas en buen hora; tal vez á pesar de su magnificencia, sus gritos de desesperación y agonía vendrán á interrumpir nuestras amantes canciones.

Dios al lanzarnos al mundo nos ha trazado un círculo proporcionado á nuestras fuerzas: ¡ay de aquél que arrastrado por su ambición intente traspasarlo!

Por una vez que la fortuna ciña la frente de los ambiciosos con una espléndida diadema, cien mil, esa torva deidad, reviste á sus adoradores con la ensangrentada túnica del martirio.

¿Qué te ha dado la suerte en premio de tu legítima ambición de un día? ¡Lágrimas y amargura! ¿Para qué servirían las terribles lecciones del pasado, si no fuese para hacernos cautos en el porvenir? Has pagado tu tributo á la noble ambición que deben sentir todas las almas bien nacidas, y supuesto que la gloria ha pisoteado tu ofrenda y te ha cerrado las puertas de su templo, debes refugiarte en los mágicos jardines del amor que te brindan todas sus delicias. Imita á la mariposa que pasa su corta vida oculta en el perfumado botón de la flor amante, y no á la mariposa insensata que va á dar vueltas en torno de la llama que debe consumirla. Si, Jorge mío, abjura todos esos vanos proyectos, esos insensatos planes: demos la libertad á Dimitri, vendamos para socorrerle cuanto poseamos; pero que vaya lejos de nosotros en un suelo extranjero á realizar sus amorosas utopías. Una diadema de piedras preciosas abrasa el pensamiento y seca el alma; deja que vaya á ceñirse una corona de olorosas flores que llena el corazón de mil delicias tranquilas. Jorge, el amor no admite más que el número dos por emblema; ¡ay del insensato que quiera sustituirlo con otro número cualquiera! Cuando los ruiseñores cantan dos á dos en la enramada, si otro pájaro mezelza con las suyas su cantinela, los ruiseñores enmudecen y el concierto queda interrumpido; cuando un arroyo recibe en su cauce las puras gotas de la lluvia fecundadora, discurre lleno de alegría por la pradera y fertiliza las flores; pero si atraviesa su corriente otro arroyo, quedan turbias sus aguas, y gracias si no se ven arrastradas como viles esclavas por el ímpetu de la corriente extraña. Jorge, abandónate en manos de la Providencia, y no llares nunca á la desdicha; pues una vez que haya asentado su trono sobre tu corazón es imposible rechazarla.

—¡La Providencia! Marina, exclamó Jorge con exaltación; la Providencia es la que nos ha conducido á esta ciudad, al borde de la tumba de Dimitri para que oyéramos su llamamiento, para que la ayudáramos á realizar sus vastos designios. Lo veo, lo siento; una voz interior me grita que ese joven debe ser el salvador de Rusia, y que mi débil mente es el instrumento destinado á servir de escabel para subir al solio.

Aún hay más, Marina, aún hay más: has aplicado la mano á la herida, y fuerza es ya que veas la sangre que brota de ella.

Hablas de mi felicidad presente; pero ¿y el porvenir, único consuelo de mi alma? Cuanto más bello es el espectáculo de la naturaleza en calma, más horrible nos parece la idea de la tempestad. ¿Ves una temprana flor cuán coquetamente balancea su corola sobre su verde tallo? Pues deja que la brisa la niegue sus caricias, que el rocío no la refresque, que el sol no la visite, y verás cómo sus mustias hojas alfombran la pradera. Mirame, Marina; ¿soy yo acaso digno de inspirar amor como no fuese á un alma como la tuya? Pero ese amor que reside más bien en tu noble corazón, alimentado por la generosidad y el orgullo de tu mismo sacrificio, falto de estímulo, gastados sus poderosos móviles, algún día acabará por extinguirse, y entonces...

Jorge se detuvo, su inflamado semblante perdió sus colores, su mirada quedó inerte, y gruesas gotas de sudor manaron de su frente.

Marina quiso hablar.

—No, no, exclamó Jorge con voz ahogada, no; esta idea me abrasa la mente y no hay bastante hechizo en tus palabras para destruirla. Sé muy bien que tu generosa ternura te hace ver este cambio de tu corazón como imposible; pero día vendrá en que busques en tu alrededor al hombre digno de tu culto y no le encuentres...

Pero Marina, yo necesito que me ames para vivir, ne-

cesito que me ames para no cometer un crimen y arrancarme con mis propias manos la existencia que Dios me ha confiado, y entonces, ángel mío, te perdería, te perdería por toda la eternidad de los siglos!... ¡Ah, tú no sabes las siniestras ideas que cruzaban por mi mente antes de alentar esta ambición que me devora!... Yo pedía á Dios la muerte, se la pedía hundiéndome en el polvo, antes que luciera en el oriente ese funesto día. Marina, sólo puedo ofrecerte el alma; deja que la eleve á tanta altura que sea el espejo en donde se miren los favorecidos de la fortuna y en donde se asombren de su pequeñez y su ignorancia. ¡Oh, Marina, una gota de agua puede, con el tiempo, taladrar una roca; yo volcaré el trono de un intruso; yo romperé las cadenas de muchos millones de esclavos; yo haré brotar de sus cenizas una ciudad populosa; y si muero, Marina, moriré en tus brazos y harás grabar con orgullo en mi sepulcro: aquí yace el que fué compañero de mi alma; aquí reposa Jorge.

Calla, Marina, calla, nada digas; cuando la fe y la convicción se anidan en un alma, vano es que la mano de un mortal pretenda desalojarlas. Deja que muera si así lo ha decretado Dios, pues tarde ó temprano me mataría la duda entre tus brazos. Pero ya lo veo, ¡te burlas de mis delirios! ¿Por qué, Marina, por qué? El hombre no es fuerte y poderoso porque tenga todos sus miembros, sino porque su inteligencia se remonta á los cielos, se cierne en el espacio y recibe del sagrado del Eterno la luz que le ilumina. Porque acierta á leer en las sublimes páginas del libro de la naturaleza y descifra sus arcanos; porque, hijo de Dios, sabe el medio de detener el rayo y poner límites á torrentes bramadores; porque quiere, en fin, y su voluntad enérgica no reconoce límites.

Yo quiero, Marina, quiero ser digno de tu noble sacrificio; quiero ser superior al mismo joven Dimitri, y lo seré, sí, lo seré, porque para ello cuento con mi voluntad de hierro.

Huir delante del enemigo es propio de cobardes, y no es digno de ceñir una corona de rosas el que no ha desafiado las espinas para cogerlas. Un noble caballero cuando encuentra un noble adversario en su camino, debe luchar con él cara á cara, porque es más bello dormir el sueño eterno debajo de una armadura ensangrentada, que gozar de una felicidad conquistada á costa del general menosprecio. ¿Fuera acaso justo, Marina, que yo pobre y deforme, me erigiese en Argos tuyo, pretendiese hacerte esclava de mi destino, coartar tu libertad, condenarte á la desdicha? ¡No, mil veces no! La Providencia me ha enviado á Dimitri, y Dimitri permanecerá conmigo. Lucharemos ambos, si es necesario; pero lucharemos en buena ley. Yo procuraré oscurecer con mis virtudes su virtud y su atractivo, y si tú le dieras el lauro de victoria, Marina... entonces... entonces, ¡daría gracias á Dios por haberte hecho dichosa!...

Jorge se detuvo de nuevo y dejó caer la cabeza sobre el pecho. Al cabo de un instante la levantó con energía: su rostro estaba cubierto de lágrimas.

—Si, reposo con voz firme, ¡le daría gracias por haberte hecho dichosa!...

—Entonces partiríamos, dijo Alejo, que se había acercado insensiblemente, iríamos á llorar juntos en algún rincón del mundo nuestra perdida ventura y viviríamos tranquilos, porque la idea de hacer feliz á alguno es un bálsamo milagroso que cura todas las heridas. La antorcha de la amistad, oscurecida ahora por la hoguera del amor, difundiría su suave luz sobre nuestras existencias, y esperaríamos con tranquila calma el momento de ir á buscar en el cielo nuestra hermosa compañera.

Una ardiente mirada de Jorge pagó este dulce raciocinio.

—Está bien, dijo Marina sonriendo; lucha en buena hora: tus dudas encierran una idea ofensiva hacia mis no comprendidos sentimientos, y ya que necesitas el crisol de la prueba para creer en su pureza, yo la admito, segura de confundir tu excesiva desconfianza. Pero entre tanto que los acontecimientos no justifiquen tus temores, descansa tranquilo sobre el corazón de la mujer que te idolatra. No llores, no sufras, porque tu martirio es mi martirio. Venid, Alejo, venid, postrémonos ambos á su lado, como lo hicimos en el puente de Sandomir, y tal vez como entonces, nuestras amantes palabras calmarán la fiebre que le devora. Vea que el amor y la amistad están mecendo su existencia, y que aunque es libre para hacerlo será un insensato en rechazar sus purísimas ofrendas.

Marina y Alejo se postraron junto á Jorge: de los ojos de éste se escapó una lágrima, hija de aquella felicidad inmensa que es una dádiva del Eterno, y que sólo su sublime voz sabría explicarla.

Pero luego su mirada se fijó en el aposento donde Dimitri reposaba, y sus mejillas se inflamaron de nuevo.

¡Ah! Jorge tenía razón: cuando la convicción y la fe se aposentan en un alma, sólo la mano de Dios es bastante poderosa para desalojarlas!

(Se continuará.)

LIBROS, TEATROS Y SALONES.

Cuando todo muere en la naturaleza á impulsos del helado cierzo, todo revive en la esfera intelectual y social, pudiendo decirse que el invierno es su primavera. Los autores publican sus obras; los teatros abren sus puertas; se inauguran las fiestas de los salones. Y así, trabajan los artistas de todas clases; los comerciantes venden, y hasta los inocentes habitantes de los bosques, los volátiles y los peces, pagan su tributo al renacimiento social; porque nunca se efectúan más banquetes que cuando las noches largas, frías y lúgubres hacen tan agradable la estancia en un abrigado comedor resplandeciente de luces.

Pocas son, sin embargo, todavía las fiestas de este género que podríamos reseñar, porque la mayor parte de las familias aristocráticas se hallan aún en el campo, ó si han llegado ya, están haciendo sus preparativos para recibir más dignamente á sus amigos.

Dejemos, pues, este punto y pasemos á tratar de los libros.

Merece, en primer lugar, nuestra atención uno que ha publicado en el vecino reino la ilustre escritora, tan conocida por sus bellísimas obras, Doña Guiomar de Torresão.

Aunque lleva el modesto título de *Almanaque*, es una obra verdaderamente artística, tanto en su forma como en su fondo, y que revela el gusto delicado y exquisito de su autora. Siete años hace ya que publica su *Almanaque de las Señoras*, con un éxito verdaderamente fabuloso; pero podemos asegurar que el de 1877 supera en mérito á todos los precedentes. Dedicado á la reina María Pia, está decorado con un retrato fotográfico de esta ilustre señora, que tanto protege las artes y las ciencias, y elegantemente impreso, constando de más de 225 páginas.

Figuran en el *Almanaque de las Señoras* los nombres más esclarecidos de los poetas y escritores portugueses, brasileños y españoles, al pie de encantadores artículos, pareciendo verdaderamente esta notable obra un ramillete de perfumadas flores, por todos conceptos dignas de la augusta reina á quien van dedicadas y de la célebre escritora que nos ha dado una prueba más de su envidiable talento.

El *Almanaque* se vende en Madrid al precio de 6 reales, pudiendo, los que lo deseen, dirigirse á D. Nicolás Díaz Perez, calle de la Manzana, 21.

Nuestro distinguido colaborador José F. Sanmartín y Aguirre, acaba de publicar también un precioso libro, escrito en lemosin, titulado: *Cuentos vells y Barallas novas*, sumamente entretenido.

Es una colección de cuentos y chistes, cuyas bellezas no podemos saborear por no sernos muy familiar el idioma en que están escritos, y así nos limitaremos á enviar al coleccionador nuestra calurosa enhorabuena.

En cuanto á los teatros, la atención del día se halla concentrada en el drama del Sr. Echegaray, representado en el teatro del Príncipe de un modo inmejorable, por las señoras Boldun y Vico, la señorita Contreras, que ofrece ser una brillante joya del arte patrio, y los Sres. Oltra y Cepillo.

Discordes andan los pareceres sobre el argumento espinosísimo del drama; pero lo que está fuera de toda duda es que tiene un mérito muy extraordinario, cuando ha dado motivo á tanta controversia y á tan encontrados pareceres.

Sólo se disputa lo que creemos digno de disputarse. En cuanto á nosotros, emitiremos nuestro humilde parecer, de que la escuela realista no es la más á propósito para curar los males de la sociedad; que el arte sólo debe copiar la belleza; que las monstruosidades, sin nada que atenúe su repugnante fealdad, no deben presentarse á la vista del público, así como los inmundos reptiles jamás se presentan á los rayos del sol, y que no cumple su honrado fin el escritor que no esparce en torno de sí los gérmenes del bien y la virtud, para que puedan producir algún día útiles y sabrosos frutos.

En el favorecido teatro de la Comedia verificóse una función, cuyo objeto era honrar debidamente la memoria del inmortal Breton de los Herreros. Púsose en escena una de sus mejores obras, titulada *Una vieja*; modelo de oportunidad y gracia, unidas á un lenguaje puro y castizo y á una facilísima versificación.

La obra fué perfectamente interpretada, y en uno de los entre actos se leyeron poesías, dedicadas al esclareci-

do ingenio, compuestas por la Sra. Doña Mercedes Vargas, D. Carlos Cuello, D. Enrique P. Escribich y D. Eduardo Bustillo, que merecieron los aplausos del numeroso público que ocupaba todas las localidades.

Con lujo extraordinario se representó en el teatro del Circo la comedia de magia *El testamento de un brujo*, que promete proporcionar muchos ratos de solaz á los aficionados á esta clase de espectáculos.

Sobre ascuas, lindísima zarzuela estrenada en el teatro de Jovellanos, agradó en extremo. La música de Lecoq es ligera y graciosa, y el libro está perfectamente arreglado por el Sr. Emilio Álvarez.

Distinguiéronse en su ejecución la Sra. Franco de Salas y Sanz.

Los Contrabandistas, música de Offenbach, con letra de Pastorido, que se estrenó hace pocas noches en el teatro de Apolo, también agradaron mucho.

Para la música ligera, viva, arrebatadora, Offenbach es y será siempre el rey de los compositores.

No hablaremos del Teatro Real, esperando que, reunida toda su compañía, pueda entrar de lleno en su campaña de invierno; aunque con buena ó mala compañía, siempre será brillante, por ser aquel aristocrático coliseo el punto de reunión de cuantas personas de valía habitan en la corte.

VÍCTOR CUENDE.

Solución á la charada que apareció en el número 41 de EL CORREO correspondiente al 2 de Noviembre, por las señoras Doña Carmen Mendez, de Baizago; Doña Narcisca Cuello, de Albacete; Doña Josefa Pando, de Toledo; Doña Clotilde Sanja, de Cádiz; Doña Trinidad Santisteban, de Valladolid; Doña Pascuala Gafoz, de Pontevedra; Doña Nemesia Diaz, de Sanlúcar; Doña Gertrudis Osoa, de Valladolid; Doña Sebastiana Amat, de Taragona; Doña Luisa Acosta, de Madrid, y Doña Paula Reina de Maldonado, de Rueda.

MORENO.

CHARADAS.

I.

La prima y la tercera,
Breve palabra
A muy distintas cosas
Bien aplicada;
Y terciá y prima,
Obra que objetos varios
Ella designa.

Es animal muy útil
Segunda y terciá
En los climas muy frios
Como Siberia;
Segunda y prima,
A ciertos miserables
Yo aplicaría.

Es un título el todo
De antigua alcurnia
De los más distinguidos
Que hay en Asturias;
El que hoy lo lleva
De sus antepasados
Sigue las huellas.

GERÓNIMO COUDER.

16 de Octubre 1876.

II.

Mi muy caro amigo todo
(No lo entiendas al revés)
Hallar pensó en cierto modo,
un gran *dos primera tres*.

Después de alegría tanta
Lo que esperaba no halló,
Pues sólo mi *dos*, que es planta
Medicinal, encontró.

De mi amigo el nombre es raro,
Mas para que no te ofusques,
De los Papas en los santos
te aconsejo que lo busques.

SUSANA LACASA.

Huesca.

OBRAS

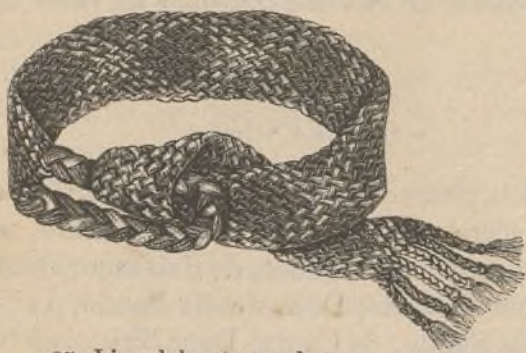
DE DONA MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

COMBATES DE LA VIDA. — Dos novelas originales, que forman un hermoso tomo en 8.º, de 398 págs. Precio 10 rs.

A LA LUZ DE UNA LÁMPARA, cuentos morales para niños. — Cuarta edición, elegantísima y económica, cuidadosamente corregida por la autora. Obra de texto.



23. Arandela para pie de lámpara.



27. Liga: labor trenzada.

para las escuelas, que tiene concedidas las más grandes prerogativas por el Gobierno de S. M., y que es utilísima para la educación de la infancia, por su gracioso y dulce estilo y por la pura moral que encierra. Precio, una peseta ejemplar y 36 rs. una docena.

Los pedidos de ambas obras se dirigirán a las oficinas de este periódico, ó a casa de la autora, en Madrid, calle de Vergara, núm. 1, cuarto 3.º de la izquierda.



22. Espalda del vestido núm. 1.



25. Palo para limpiar los tubos. (Véase el n.º 26.)



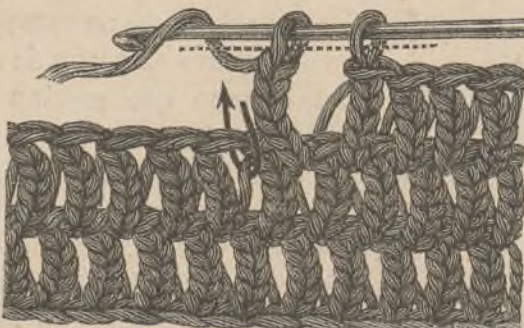
29. Pantalla. Pintura silueta.

PELUQUERÍA Y PERFUMERÍA UNIVERSAL.

DE D. JOSÉ ROYO,

Plaza de Santa Ana, núm. 15.

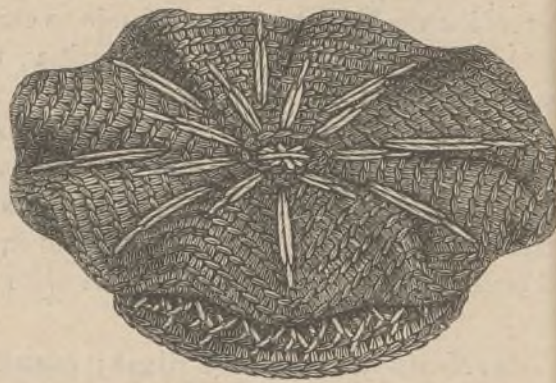
Gran surtido de objetos de peluquería y perfumería, artículos inmejorables á precios módicos; novedades en peinados de todas clases. Basta dirigirse con carta á la Catalana, Directora del establecimiento, para que nuestras lectoras queden servidas con puntualidad y esmero.



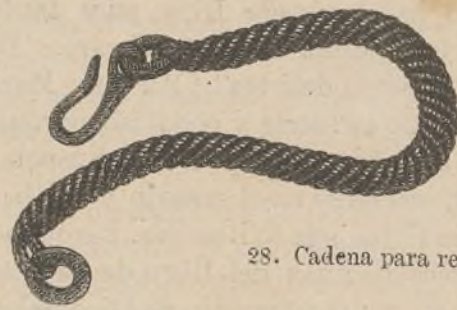
26. Funto de crochet para el rollo núm. 25.

EXPLICACION DEL FIGURIN 1242.

FIG. 1.ª *Troje para paseo y visita.* — Se compone este traje de terciopelo y cachemir á rayas cruzadas, éste azul y el primero azul oscuro, cambiándose los adornos de la túnica variando con el terciopelo. Sombrero de terciopelo, adornado con faya azul agua, lazos y flores mismo color.



24. Tapon de lámpara de crochet.



28. Cadena para reloj.

FIG. 2.ª *Troje de paseo y visitas para señorita.* — Vestido de lana color crema oscuro con delantal plegado desde la cintura hasta la mitad de su largo y terminado con entredos y puntilla de encaje color del vestido, pasando debajo del primero una cinta color cardenal. Por detrás, la falda guarnecida con tres volantes, se recoge graciosamente bajo un lazo cardenal. Cuerpo-coraza guarnecido de cintas puntillas, con mangas y gola de encaje. Sombrero de color, forrada el ala por dentro de faya cardenal, y diadema de flores color del traje.



30. Paletot de terciopelo. (Véase el núm. 31).



31. Paletot de paño. (Véase el núm. 30.)

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª y 4.ª Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO, y las de 1.ª, 2.ª y 4.ª el pliego de patronos.

Administración, Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de Gregorio Estrada, Doct. Fourquet (antes Yedra), 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassi.